www.elboomeran.com/

que había línea llamé a la centralita sin obtener respuesta. Como sólo se podía llamar al exterior a través de la centralita, el teléfono no servía para nada. El armario estaba vacío: hasta las perchas se habían llevado. La cama estaba hecha. Las sábanas parecían de hilo, con bordados. En el cuarto de baño había toallas y jabón. En la habitación hacía calor y, sin nada mejor que hacer salvo esperar, me di una ducha, que me refrescó durante unos minutos, pero no me serenó el ánimo.

Cançons tranquil·les aniran per la ventada.

Maté el tiempo mirando el paisaje: la bahía formaba una circunferencia perfecta: desde la ventana de la habitación no se veía la salida al mar abierto. No soplaba viento y el agua estaba inmóvil, de un azul tornasolado. Conté catorce yates fondeados frente al hotel. Tenían banderas de distintos países y pensé que debían de pertenecer a algunos invitados a la boda. Una lancha con el distintivo de la Guardia Civil hacía la ronda con parsimonia. En las laderas de la cala, fuera de los límites del jardín, ocultas entre espesos matorrales, se podían entrever algunas casas, aisladas entre sí, blancas, de una sola planta y muy esquemáticas de línea, como solían ser las casas de los ricos en aquellos años. Al cabo de un rato, aburrido de la contemplación, me tumbé en la cama y me quedé dormido.

Me desperté sudoroso, inquieto y hambriento.

www.elboomeran.com/

El sol seguía alto. Del jardín llegaba, atenuado por la distancia, el sonido de una orquesta que tocaba valses, pasodobles y otros bailables antiguos. Escuchando aquella música, recordé lo que me había contado mi madre, a saber, que Grace Kelly había recalado en aquel mismo hotel durante su luna de miel.

De la boda de Grace Kelly se había hablado mucho en la prensa española, el NO-DO había mostrado numerosas imágenes e incluso se había proyectado en los cines una película de medio o largo metraje en la que se daba cuenta pormenorizada de un enlace seguramente vistoso pero que ni los más acérrimos acababan de considerar romántico. En aquella época Grace Kelly había conquistado el corazón del mundo y Rainiero de Mónaco el de nadie. Era un príncipe y eso bastaba para acallar las opiniones disidentes, pero en su fuero interno la mayoría se preguntaba por qué una mujer tan maravillosa se casaba con semejante mentecato. Al fin y al cabo, Grace Kelly, aunque fuera en la ficción, había estado en los brazos de Clark Gable, de Cary Grant, de Gary Cooper, de James Stewart y de William Holden, y Rainiero, príncipe o no príncipe, era un retaco cabezón, orejudo, con cara de atontado y aspecto presuntuoso, incapaz de mostrar en público cariño, admiración o pasión por su adorable esposa. La boda había convertido a una actriz en princesa, pero eso, en los tiempos modernos, no tenía importancia, sobre todo si el principado era un pue-

www.elboomeran.com/

blo sin más atractivo que un casino y la presencia ocasional de millonarios. Las mujeres se esforzaban por dejar de lado estas consideraciones, se aferraban a fantasías trasnochadas y al ver a Grace Kelly vestida de novia exclamaban: ¡es una auténtica princesa! Lo cual era una verdad a medias, porque a los ojos del mundo, Grace Kelly era más que una princesa: era un mito. En fin de cuentas, la boda de Grace Kelly con Rainiero de Mónaco quedó en la memoria colectiva como un suceso más bien triste, y nada de lo que difundieron posteriormente los medios de información consiguió disipar ese sentimiento. Del reportaje de la boda yo recordaba un castillo de fuegos artificiales orquestado por celebrados pirotécnicos valencianos, a lo que la radio española dio gran importancia.

A las seis paró la música, quizá para servir una merienda.

Tuve el presentimiento de que nadie se ocuparía de mí hasta que la fiesta hubiera concluido, los invitados se hubieran ido y no hubiera testigos de lo que fuera a pasar. Con la culpabilidad de quien no sabe de qué se le acusa, empecé a pensar que la detención no se debía a un error ni estaba relacionada con la seguridad de los asistentes a la boda, como había supuesto hasta entonces, sino que se trataba de una medida contra mi persona y, como allí no había hecho nada, ni bueno ni malo, el motivo de la detención por fuerza había de guardar relación con mis ideas y mis actividades políticas.

www.elboomeran.com/

En Europa, por aquellos años, los disturbios, los enfrentamientos y las acciones violentas todavía no habían alcanzado la frecuencia y la intensidad que tendrían más tarde en algunos países, si bien había huelgas y manifestaciones y se habían cometido asaltos, secuestros y agresiones derivados de la inestabilidad social. Naturalmente, en España las cosas eran distintas, puesto que la represión sofocaba cualquier atisbo de movimiento popular, pero aun así, no había faltado alguna tímida huelga y actividades aisladas de una red de personas bastante bien organizada, que fuera y dentro del país trabajaba para debilitar y desacreditar una dictadura a la que ya nadie confiaba en derribar. Yo no militaba en ningún partido ni pertenecía a ninguna asociación política o de cualquier otra índole. Mientras estuve en la universidad, hice acto de presencia en algunas manifestaciones y poca cosa más.

Sólo una vez un amigo y yo, por iniciativa propia, introdujimos unas caricaturas de Franco hechas por nosotros mismos entre los programas de mano de la *Pasión según San Mateo*, en el Palau de la Música. Mi amigo y yo frecuentábamos el Palau de la Música debido a nuestra afición por la música clásica, pero considerábamos que, salvo nosotros dos, el público habitual representaba lo más reaccionario y vil de la sociedad catalana. El día de autos, con mucho disimulo y mucho miedo, intercalamos ocho caricaturas de Franco en la pila de programas y nos quedamos observando el efec-

www.elboomeran.com/

to del sabotaje, que, a decir verdad, no fue extraordinario: los que daban con la caricatura la miraban confusos y la volvían a dejar en la misma pila; algunos doblaban la hoja y se la guardaban en el bolsillo, y uno la estrujó y la arrojó al suelo con expresión de disgusto. Pero nadie denunció el hecho y la velada transcurrió sin contratiempos. Ahora, sin embargo, pensaba que tal vez el delito había sido detectado y descubierta la identidad de sus autores, uno de los cuales acababa de ser aprehendido en el hotel Formentor. *Erbarme dich, mein Gott*, pensé, por más que se me antojaba poco verosímil que la policía hubiera elegido precisamente aquel lugar y aquella ocasión para proceder a la detención de alguien cuyo paradero habitual no era un misterio para nadie.

Para tranquilizarme, me volví a duchar. A las ocho se reanudó el baile. En vez de la orquesta atronó el aire un conjunto de rock con una megafonía estridente. La actuación vino acompañada de cierto movimiento en la bahía. De cuando en cuando una lancha o un bote de remos conducía a una o varias personas a los yates.

A las nueve se puso el sol detrás de unos cerros rocosos parcialmente cubiertos de pinos y jaras. Se encendieron las lámparas exteriores. Metidas entre el follaje, apenas daban luz. El cielo se tiñó de granate. Seguramente a aquella hora los periodistas acreditados ya habrían enviado sus crónicas por teletipo y regresado a sus casas en el último avión.

www.elboomeran.com/

Transcurrida una hora más, oí girar de nuevo la llave en la cerradura. Se abrió la puerta y entraron tres hombres en la habitación. Los dos primeros eran mis viejos conocidos, el hombre del traje de gabardina y su adlátere. Al tercero no lo había visto nunca, pero no tuve dificultad en adivinar quién era. Sólo entonces empecé a entender el lío en el que me había metido.

A quoy faire la cognoissance des choses, si nous en perdons le repos et la tranquillité, où nous serions sans cela?

—Disculpe que no me dirija a usted en español. Mis conocimientos son muy elementales. Por fortuna usted entiende y habla inglés a la perfección. Si no me expreso con la suficiente claridad, no tenga reparo en interrumpirme: mi pronunciación es deficiente. Estudié en Inglaterra, pero el acento materno nunca se pierde... Ahora se imponen las presentaciones. El señor de la puerta, pulcramente ataviado con un traje de gabardina gris, se llama Pirelli, o algo que se aproxima a Pirelli. Los días laborables, incluidos los sábados por la mañana, trabaja para una misteriosa organización apodada Sa Nostra. Los días festivos incrementa su peculio ayudando a llevar la contabilidad de este magnífico hotel. Y, llevado de su innata amabilidad, no desdeña prestar algún servicio adicional. Habla castellano, una cosa que denominan mallorquín y, debido

www.elboomeran.com/

a su contacto con los turistas, una mezcla de lenguas que podríamos calificar de situacional. El otro caballero es Constantin Alois Brzeg, en el almanaque de Gotha, el conde Salza, mi primo y mi brazo derecho. Por desgracia, el conde Salza sólo habla y entiende idiomas bárbaros. Los dos, el señor Pirelli y el conde Salza, han tenido la gentileza, a ruegos míos, de representar esta, ¿cómo llamarla?, pequeña farsa, por la que le pido mil disculpas. Confío en que comprenda mis motivos. Era del todo esencial impedir que pudiera enviar al periódico una nota sin haber hablado antes conmigo, y el único método seguro era tenerle aislado por completo. La confusión era igualmente necesaria para que usted aceptara la reclusión sin resistencia ni, ¿cómo diríamos?, alharaca. Ahora debo presentarme a mí mismo, puesto que nadie lo hará por mí: soy el príncipe Tadeusz Maria Clementij Tukuulo. Bobby para los amigos. En el día de hoy me he casado con la que por derecho matrimonial se ha convertido en reina, o, quizá sería mejor decir, en futura reina: Queen Isabella. A Queen Isabella le habría encantado saludarle, pero se ha retirado a descansar. Ha tenido un día agotador, como bien puede suponer. Y anoche, por circunstancias que no hacen al caso, durmió menos de lo aconsejable. Igual que usted, según tengo entendido.

Se acercó a la ventana. El cielo seguía despejado y la luna, que acababa de aparecer, iluminaba un mar silencioso y pacífico.